

de la lucha; sólo la segunda legión tuvo noventa hombres fuera de combate (1). Por lo que toca á los insurrectos, nadie pudo contar, ni nadie podrá contar jamás el número exacto de sus muertos y heridos. A cubierto detrás de las barricadas, estaban menos expuestos que sus adversarios; por otra parte, en los puntos donde fueron arrollados por la tropa ó acorralados en las casas, su sangre corrió á raudales. Se puede afirmar sin temeridad que, si las pérdidas de los defensores del orden (ejército, guardia móvil y guardia nacional) se elevaron aproximadamente á 1.600 hombres fuera de combate, las pérdidas de los insurrectos no fueron menores. De modo que llegamos á un número total de más de tres mil víctimas. Este número se aproxima al manifestado por el prefecto de policía, Sr. Trouvé-Chauvel: interrogado el 7 de julio por la Comisión de información (2), habló de 1.035 muertos y 2.000 heridos. Más tarde, durante los meses de julio y agosto, 400 de estos heridos sucumbieron, aumentando en igual número la cifra de los muertos (3).

Sin embargo, entre los insurrectos, el número de las víctimas fué poco considerable en comparación con el de los prisioneros, procedentes de los arrabales de San Antonio, el Temple, La Villette y La Chapelle, unos cogidos en las barricadas y otros á consecuencia de registros domiciliarios. Muchos habían sido denunciados por los vecinos de su propio barrio, á fin de disculparse á costa de la delación. Durante todo el día 26 se les vió atravesar en pelotones las calles de la capital, escoltados por los guardias móviles ó los guardias nacionales que, en la exasperación de la batalla aún reciente, no siempre les ahoraban los ultrajes y malos tratamientos. Los cuerpos de guardia, las cárceles, los edificios públicos disponibles y hasta los sótanos fueron llenados de prisioneros. Hicieron luego los preparativos necesarios para encerrar en los fuertes de Montrouge, Bicêtre, Ivry, Vanves y Romainville aquella muchedumbre vencida y desarmada. Procedíase á tales disposiciones con cierta confusión. Aquella misma noche, el traslado de una columna de prisioneros que habían sido provisionalmente encerrados en los subterráneos de las Tullerías dió ocasión á una refriega terrible. Habiéndose disparado un tiro desde una ventana próxima al Carrousel, los guardias nacionales que custodiaban el convoy fueron acometidos de un terror pánico, y en la obscuridad empezaron á hacer fuego unos contra otros; los retenes inmediatos acudieron: creyendo en una tentativa de evasión, tiraron á su vez. Cuando se pudo detener aquella horrible carnicería, el suelo estaba cubierto de muertos y heridos. Aquel lúgubre incidente causó profunda emoción.

Pero el poder tenía otra cosa en que ocuparse. ¿Qué hacer de todos aquellos soldados de la insurrección que la victoria entregaba á la discreción del gobierno? Su número no hacía más que aumentar; ya eran seis mil, y después de los registros domiciliarios ó de las denuncias, este número había de doblar en pocos días. Tres meses después ascendía á 14.189 indivi-

(1) *La segunda legión durante la insurrección de Junio*, Pario, 1848.

(2) *Información parlamentaria*, tomo I, pág. 363.

(3) Informes del prefecto de policía (*Monitor* de 19 de agosto y de 21 de septiembre, págs. 1927 y 2520).

duos (4). Poner en libertad sin formación de causa á aquellos hombres poco tiempo antes rebeldes, era recaer en el peligro de que la sociedad acababa de librarse; dar jueces á cada uno de los prisioneros era imposible, á causa de la multiplicidad de los procesos.

No siendo suficientes las leyes ordinarias, el poder resolvió dictar una ley excepcional que consagrara la arbitrariedad. El 26 de junio, Sénard propuso un decreto que autorizase la deportación de todo individuo cogido con las armas en la mano á las colonias de ultramar. En la tarde del 27, la Asamblea votó con alguna enmienda el proyecto del gobierno. Este proyecto establecía una distinción entre los jefes y los simples combatientes de la insurrección: los primeros eran los únicos que habían de comparecer ante un consejo de guerra; los segundos habían de ser deportados sin formación de causa á una colonia cualquiera que no fuese Argel. Pedro Leroux, Caussidière y algunos otros representantes protestaron en nombre de la libertad violada. El resto de la Asamblea se calló. La ley excepcional fué votada como medida de salud pública. No era posible justificarla de otro modo.

Si algo pudiera consolar de aquella guerra fratricida, de aquella sangre vertida á raudales, de aquel voto de ostracismo, sería el espíritu de resolución viril que en aquellos días de duelo impulsó á todos los hombres de corazón al servicio de la sociedad amenazada. En los barrios ricos, la guardia nacional que cuatro meses antes recorría las calles gritando «¡viva la reforma!», supo expiar dignamente sus locas imprudencias. En la primera, segunda y tercera alcaldías, comerciantes, banqueros y empleados acudieron al llamamiento. La mayor parte de ellos se batían por primera vez; muchos hasta ignoraban el manejo de las armas; sin embargo, no vacilaron en defender sus intereses, sus altares y sus hogares; y su sangre derramada en el cercado de San Lázaro y en los arrabales de Saint-Denis y del Temple fué testimonio de su valor y de su energía. El ejército estuvo admirable por su arrojo y aun más por su disciplina. Ni las traiciones de la guerra en las calles, ni los golpes asestados por enemigos invisibles, ni las proposiciones ó amenazas de los insurrectos, ni los largos estacionamientos bajo un sol abrasador, ni las fatigas de una lucha de cuatro días pudieron acabar con su paciencia. Cierto es que no le faltó el ejemplo de sus jefes. Muchos valientes capitanes, que habían escapado en su juventud á las guerras del primer Imperio y más tarde á los combates de Africa, encontraron la muerte en aquellas jornadas. Los generales Négrier, Brea y Renault cayeron para no volverse á levantar; Damesme y Duvivier iban á morir; los generales François, Bedeau, Lafontaine y Foucher figuraban entre los heridos. Al lado del ejército, la guardia móvil, de la cual se sospechó al principio, superó á cuanto llegó á esperarse de ella. Si la guerra civil no fuese tan triste cosa, hubiera maravillado ver aquellos jóvenes, ora sitiando las casas y subiendo hasta á los tejados para dominar ó apagar el fuego del enemigo, ora precipitándose sobre las barricadas, y trayendo luego á sus compañeros, con el rostro pálido de emoción ó por la pérdida de su sangre, las banderas conquistadas por su valentía y por su arro-

(4) Informe del representante Dérodé (*Monitor* de 7 de octubre de 1848, pág. 2740).

jo. A esta tropa bisoña no se le podía reprochar más que una cosa: el desplegar en la lucha un ardimiento casi feroz, ya porque la duración del combate la hubiese exasperado, ya porque se encontrase aún en la edad que algunos llaman despiadada. Personificando en tan tristes días el orden legal, la Asamblea estuvo á la altura de su misión. Desde el principio de la batalla, los representantes se disputaron el honor de presentarse en los sitios más peligrosos para mezclarse con los combatientes. Cuatro de ellos fueron heridos: Bixio, Clemente Tomás, Dornés y Charbonnel, estos dos últimos mortalmente. Hicieron más que ofrecerse al peligro; supieron conservar su serenidad y evitar toda desunión, sosteniendo así la energía de sus defensores y desalentando á sus enemigos. El honor de tan laudable actitud hay que atribuirlo principalmente á Sénard, quien con rara habilidad evitó las proposiciones inútiles, los proyectos irritantes, y mantuvo en el gran cuerpo que presidía la unidad de miras que era la condición necesaria para salvarse. Aquella valerosa resistencia á las fracciones y aquella energía de todas las personas de bien no pasaron inadvertidas. Francia las admiró. Toda Europa quedó asombrada: desde el 24 de febrero, nuestras vanidades pueriles le habían proporcionado hartas ocasiones de regocijarse á costa nuestra: durante la insurrección de Junio vió reaparecer á la sociedad francesa con sus energías, sus virilidades y sus resoluciones. Guizot, que entonces se encontraba en Londres y observaba atento el movimiento de los espíritus en el extranjero, escribía pocos días después: «Empiezan aquí á decir que Francia, que precipitó á Europa en el abismo, podría muy bien enseñarle la manera de salir de él (1).»

Después de la victoria, no faltaron los testimonios de pública gratitud á Cavaignac; testimonios muy merecidos. No es que el general hubiese desplegado dotes militares extraordinarias, sino que había revelado una sangre fría y una prudencia casi tan raras como las más altas aptitudes. Resistiendo á todas las obsesiones, negóse á diseminar sus fuerzas; á pesar de todas las gestiones practicadas cerca de él, rechazó todas las proposiciones de mediación que hubieran enervado la defensa y reanimado quizá la sedición. La prudencia perspicaz, que le había inspirado durante la lucha, no le abandonó después del triunfo. Apenas vencida la insurrección, hubo hombres que, temerosos de que el espíritu de reacción atacase á la República misma, trataron de que se confiriese al general una especie de dictadura. Estaban dispuestos á sacrificar por algún tiempo todas las libertades públicas á fin de evitar todo retroceso á las instituciones pasadas. Entre estos hombres figuraba el ministro de Negocios extranjeros, Sr. Bastide. A tales indicaciones, Cavaignac opuso una negativa absoluta: «Lo que me piden es un golpe de Estado, contestó el general; no lo haré jamás; no quiero que los ambiciosos puedan algún día apoyarse en mi ejemplo; no hay más que un soberano legítimo, que es la Asamblea, á la cual debo cuenta de mi poder pasajero (2).» Cumplió su palabra. El 28 de junio, al principio de la sesión parlamentaria, depuso la autoridad que le había

sido conferida cuatro días antes, en medio del fuego de la guerra civil.

La Asamblea no oyó sin emoción el lenguaje altivo y modesto del general victorioso. La emoción aumentó todavía cuando Cavaignac, haciendo alusión á los generales que eran sus colegas, que «poco tiempo antes habían sido sus jefes,» pidió para ellos un testimonio especial de gratitud pública. Los representantes acordaron, por aclamación, que el general Cavaignac *había merecido bien de la patria*: englobaron en tan solemne homenaje al ejército y á sus jefes, á la guardia nacional, á la guardia móvil, al presidente Sénard y al arzobispo de París. Luego pensaron que no podían poner su confianza en manos más seguras que las de aquel soldado tan respetuoso del Parlamento y tan pronto en depone su autoridad. Votóse un decreto así concebido: «El poder ejecutivo es confiado al general Cavaignac,» decreto que fué acogido con unánimes aplausos.

## VI

Mientras se libró tan horrible batalla en París, los departamentos permanecieron tranquilos, tan tranquilos que pudieron enviar parte de sus guardias nacionales en auxilio de la capital. Marsella fué la única ciudad provincial que vió estallar la sedición en su seno; este motín, sin tener la gravedad de la insurrección parisiense, fué demasiado serio para que lo pasemos en silencio.

Aunque la mayoría de su población fuese honrada y amiga de la paz, Marsella encerraba numerosos elementos perturbadores. Cuando los obreros tuvieron conocimiento del decreto del gobierno provisional, que fijaba en diez horas para París y once horas para provincias el máximo de la jornada de trabajo, reclamaron con mucho ardor contra una diferencia que, al decir de ellos, nada justificaba, y pidieron con insistencia que el número de diez horas, establecido para París, fuese igualmente aplicable á su ciudad. El prefecto atendió á su reclamación; pero no todos los patronos aceptaron la disposición prefectoral. De ahí, disentimientos con frecuencia muy vivos entre fabricantes y trabajadores. La organización de la guardia nacional se convirtió en otra causa de desorden: además de la guardia nacional oficial, se habían creado cuerpos especiales más propios para turbar la paz pública que para mantenerla. Estos cuerpos eran: la *compañía de trabajadores*, reclutada en la calle ó en los bodegones del puerto y compuesta casi exclusivamente de mendigos, extranjeros y licenciados de presidio, y la legión de *exploradores demócratas*, ostensiblemente destinada á servir de contrapeso á la guardia burguesa. El alcalde conocía la existencia de estas extrañas milicias, pero las toleraba ó fingía ignorarlas. En aquel foco de pasiones incandescentes, los clubs, no menos ardorosos en Marsella que en los demás puntos, atizaban el fuego que había de producir el incendio. Lo que agravaba el peligro era que la ciudad poseía una guarnición escasa, que no pasaba de mil ochocientos hombres (3). En fin,

(3) Audiencia de la Drôme, proceso de los insurrectos de Marsella, declaraciones de Marquois, comisario general en Marsella; de Caire, comisario de policía; del general Mesnard-Saint-Martin y de Emilio Ollivier (*Gazette des Tribunaux*, 1.º y 6 de julio de 1849).

(1) M. Guizot á M. Vitet, 1.º de julio de 1848, *Cartas de M. Guizot á su familia y á sus amigos*, pág. 255.

(2) Máximo Du Camp, *Souvenirs de 1848*, pág. 302.

el prefecto, Emilio Ollivier, que apenas contaba entonces veintitrés años de edad, parecía á casi todo el mundo muy joven para el peso de sus funciones. No es que no revelase ya las más altas dotes: era honrado, de mucho valor personal, de la más rara distinción de espíritu, estaba animado de intenciones generosas y era sobre todo elocuente. Había hecho los más laudables esfuerzos para asegurar un trabajo útil á los obreros de los talleres nacionales, cosa que en parte había conseguido, y en más de una ocasión había dado pruebas del liberalismo más ilustrado. Desgraciadamente carecía de experiencia, confiaba demasiado en el imperio de su palabra fogosa y sincera, estaba persuadido de que para contener á las masas, basta darles lecciones de economía política y de moral, y se hallaba en fin rodeado de personas que no siempre le aconsejaban y le informaban bien.

Tal era la situación cuando, á mediados de junio, llegaron á Marsella muchos voluntarios parisienses, destinados, según se decía, á formar una legión italiana. El cónsul de Cerdeña, haciendo poco caso de tales auxiliares, negóse á visar sus pasaportes. En cambio, el municipio les aseguró la manutención y el alojamiento: los demagogos les recibieron en palmas y organizaron cuestiones á su beneficio; en cuanto á ellos, pagaron su hospitalidad esparciéndose por los clubs, donde empezaron á referir la invasión del 15 de mayo ó la «vida heroica» de Barbés, exaltando aún más los ánimos ya excitados (1). Hicieron más. En la noche del 18 de junio se juntaron con partidas de obreros y se presentaron, con la amenaza en los labios, en la prefectura, reclamando socorros. El prefecto, que se hallaba solo, les intimó con su actitud intrépida (2). «Me asesinaréis, les dijo, antes que arrencarme con amenazas cualquier acto contrario á mi dignidad.» Urgía desembarazar la ciudad de tan peligrosos huéspedes. Tomáronse medidas para internar aquellos supuestos voluntarios que Italia no quería. Muchos partieron; pero otros se quedaron, oliendo un motín próximo y resueltos á provocarlo. Sus deseos se vieron cumplidos. El 21, una reunión general de jefes de club, celebrada en Aubagne, resolvió organizar un movimiento popular para el día siguiente (3).

La autoridad fué avisada. Pero nadie se acordó de hacer provisión de cartuchos. El 22, por la mañana, casi todas las tropas de la guarnición salieron para una revista al campo de maniobras del Pharo. La autoridad se contentó con reunir en torno de la prefectura doscientos hombres de tropa de línea y otros tantos de la guardia nacional.

A las cinco de la mañana, los agitadores de los clubs y los demagogos extranjeros empezaron sus manejos para provocar el levantamiento anunciado. Sus primeros esfuerzos tuvieron poco éxito. Todo faltaba para aquel motín, hasta el pretexto que pudiese justificarlo. Sin embargo, poco antes de las nueve, un grupo de mil

(1) Informe de M. Marquezy, magistrado de Aix (*Información parlamentaria*, tomo III, pág. 24). Este informe es uno de los documentos más extensos sobre la insurrección de Marsella. Sin embargo, no se le debe consultar sino con reserva, porque, redactado poco después de los acontecimientos, parece no haber escapado á la influencia de las pasiones políticas.

(2) Audiencia de la Drôme, acta de acusación

(3) Informe de M. Marquezy. (*Información parlamentaria*, tomo III, pág. 25).

á mil doscientas personas bajó de la estación del ferrocarril, siguió el paseo de Meilhán y la calle de Noailles, continuó por la de San Ferreol y se dirigió hacia la prefectura. El edificio estaba custodiado. El comisario central quiso parlamentar con el tropel de gente y fué herido. Se acordó, sin embargo, enviar unos delegados al prefecto para exponer las quejas populares, y pudo esperarse una solución pacífica. Pero, aguardando el regreso de los comisionados, el gentío se impacientaba: «¡A las barricadas!» gritaron algunas voces. Este llamamiento fué atendido. En un instante, en las calles de la Palud y de la Deuxième-Calade, levantáronse barricadas con materiales de casas en construcción. Un pelotón de infantería y de guardia nacional, enviado á destruirlas, fué recibido á pedradas, resultando cinco ó seis hombres heridos y otros contusos. Hicieron las intimaciones legales, pero en vano. Fueron repetidas varias veces. Continuaban lloviendo piedras, ladrillos, tejas y toda clase de proyectiles sobre los defensores del orden, algunos de los cuales habían sido ya gravemente heridos. La tropa era la única que llevaba cartuchos: partió un tiro, seguido de una descarga general. Los amotinados tuvieron tres hombres mortalmente heridos; abandonaron en seguida las barricadas y se dispersaron por las calles inmediatas gritando: «¡A las armas, que matan á nuestros hermanos!» Aquella matanza, como la llamaban, proporcionó á la insurrección el pretexto que buscaba. La legión de exploradores, reunida en el barrio de la Cannebière, ya no ocultó su hostilidad, sino que llevó la audacia hasta desarmar en el café Puget á una compañía de guardia nacional adicta á la causa del orden. El comandante superior de la guardia nacional, general Mesnard-Saint-Martin, que se había metido entre los facciosos, recibió un balazo en la cara, y á su lado fué muerto un capitán de infantería de línea. Los insurrectos se dividieron entonces en dos partidas: unos, los más ardorosos, se juntaron en la plaza de Jauguin, en el centro de los barrios populares, y los otros se dirigieron hacia la plaza de Castellane, al extremo del Prado. En ambos puntos se rodearon de barricadas y se dispusieron á hacer frente á las fuerzas de la represión (4).

El prefecto había creído durante mucho tiempo evitar la efusión de sangre. Había publicado una proclama y parlamentado con los delegados. Era ya muy tarde cuando envió al fuerte de San Nicolás por cartuchos para la guardia nacional. Cuando el general Mesnard-Saint-Martin, cubierto de sangre de su herida, se había presentado en la prefectura, Emilio Ollivier se había limitado á deplorar que surgiese un conflicto entre ciudadanos. «Los que asesinan á los generales no son ciudadanos,» habían contestado al veterano (5). Sólo en presencia del motín creciente resignóse el prefecto á adoptar medidas de rigor. Cerca de las doce, bajó á la plaza de San Ferreol para dirigir la palabra á los defensores del orden. Pero le dominaba siempre la misma preocupación, preocupación honrosa, pero inoportuna

(4) Audiencia de la Drôme, proceso de los insurrectos de Marsella, acta de acusación, declaraciones de Caire, Péroudy, Marquois, Sabattier, Reny y Mesnard-Saint-Martin (*Gazette des Tribunaux*, números de 20 de junio, 1.º, 3 y 6 de julio de 1849).

(5) Audiencia de la Drôme, declaración de Mesnard-Saint-Martin. (*Gazette des Tribunaux*, 6 de julio de 1849).

y peligrosa á causa de la creciente gravedad de los acontecimientos. A los oficiales, á los comisarios de policía, á todo el mundo recomendaba que hiciesen uso de la moderación y que no empleasen la fuerza sino en el último extremo; además envió á los insurrectos algunos de los demócratas más influyentes para que predicasen la conciliación. Hubiérase dicho que temía provocar la insurrección, como si ésta no hubiese estallado ya (1).

En la plaza de Jauguin la lucha fué encarnizada. La necesidad de esperar las municiones había obligado á suspender la acción hasta las dos y media, y los rebeldes habían tenido tiempo de fortificarse en sus posiciones. M. Lombard, comandante de la artillería de la guardia nacional, con doscientos ochenta artilleros y dos pelotones de infantería de línea, recibió orden de atacar las barricadas por la Grande-Rue, hacia el paseo. A las intimaciones legales, los rebeldes contestaron con una descarga. Otra columna, dirigida hacia la plaza por la calle de Requis-Novis, no tuvo mejor suerte. El comisario de policía, fiel á las instrucciones del prefecto, se adelantó á parlamentar y recibió un balazo. Los insurrectos se habían apoderado de las casas: emboscados en las ventanas ó detrás de las barricadas, tiraban á mansalva, causando numerosas bajas á los defensores del orden. Para triunfar de aquella tenaz resistencia, hubo necesidad de que la plaza fuese atacada por una tercera columna por la Grande-Rue y por la parte del Palacio de Justicia: como á este lado las barricadas eran menos fuertes, los insurrectos tuvieron que abandonarlas. Mas no renunciaron por esto á toda resistencia: los más resueltos, atrincherados en las casas, continuaron haciendo un fuego mortífero. Eran más de las cuatro cuando la tropa y la guardia nacional se apoderaron del barrio (2).

Al extremo opuesto de la población, la plaza de Castellane, á la entrada del Prado, se hallaba también rodeada de barricadas. Allí fué donde la longanimidad imprudente de la autoridad retrasó sobre todo la represión. A las tres, un fuerte destacamento de infantería de línea se dirigió hacia el Prado para desalojar á los rebeldes de su posición. El destacamento había llegado á unos ciento veinte metros de la barricada, cuando le

(1) Proceso de los insurrectos de Marsella.

(2) Audiencia de la Drôme, proceso de los insurrectos de Marsella, declaraciones de Bourilhón, comisario de policía, y de Lombard, comandante de la artillería de la guardia nacional (*Gazette des Tribunaux*, 6 y 10 de julio de 1849).

salió al encuentro el Sr. Gent, prefecto de Vaucluse, acompañado de otras personas que, apoyándose en las intenciones de Emilio Ollivier, solicitaron una suspensión de hostilidades, diciendo que los insurrectos se comprometían á destruir sus trabajos de defensa. La tropa se retiró, pero las barricadas permanecieron en pie. Una hora después dióse nueva orden de ataque, y entonces se presentaron dos obreros pidiendo ser conducidos ante el general Parchappe que mandaba la división, y prometieron de nuevo despejar la plaza de Castellane; promesa gracias á la cual obtuvieron una nueva prórroga. Los soldados permanecieron, pues, arma al brazo delante de los insurrectos, que se guardaban muy bien de destruir sus muros de adoquines. Cerca de las seis y media de la tarde, las tropas y la guardia nacional se prepararon por tercera vez á la acción, y se pudo creer que al fin iba á triunfar la fuerza de la ley. Una segunda intervención del Sr. Gent, apoyado por un agente de la Prefectura, consiguió una nueva prórroga. Luego, lo avanzado de la hora hizo aplazar para el día siguiente el ataque decisivo (3). Pero como habían llegado mientras tanto refuerzos de Aix y de Aviñón, comprendióse que vacilar por más tiempo sería culpable. El 23 de junio, muy temprano, se dirigieron tres columnas hacia la plaza de Castellane: Emilio Ollivier, que el día antes había pecado, no de debilidad, pues dió pruebas de gran valor personal, sino de excesiva generosidad, se personó en el teatro de los disturbios: hechas las intimaciones por el comisario de policía, la tropa asaltó las barricadas: los rebeldes no las abandonaron sino para refugiarse en las casas próximas, desde donde dirigieron contra sus adversarios un tiroteo que causó varias víctimas. A las diez quedaba restablecido el orden.

París se enteró de los disturbios de Marsella casi al mismo tiempo que de su represión. En medio de la terrible lucha que desolaba á la capital, aquella noticia produjo poca impresión. Preocupaba demasiado por la salud propia para pensar en los peligros lejanos. Sin embargo, la insurrección marsellesa merecía ser estudiada. Nada probó que se relacionase directamente con la insurrección parisiense; pero puso en peligro, durante dos días, la tranquilidad de una gran población, y aumentó aún la lista ya tan larga de las víctimas de nuestras guerras civiles.

(3) Proceso de los insurrectos de Marsella, acta de acusación, declaraciones de Lombard, comandante de la artillería de la guardia nacional, y de Arnaud, comisario de policía (*Gazette des Tribunaux*, 29 y 30 de junio, 1.º y 6 de julio de 1849).